

**GANADORA AUTONÓMICA**



## **ISLAS CANARIAS**

**Ainhoa Navarro – Colegio María Auxiliadora de Telde**

Y estaba en un laberinto. No encontraba la salida. Estaba encerrado entre lo que pensaba y lo que decía. Mi corazón y mi mente no se ponían de acuerdo, nunca.

Me encontraba gritándome a mí mismo en la oscuridad de la noche, sin decidir qué hacer. Me peleaba contra mis rizos rubios, mi ropa, mis pensamientos y mis miedos.

Le gruñía al lobo, al espejo. A ese reflejo que había en él. El mismo que había en sus ojos, que resplandecían fuego.

Yo era una oveja enamorada de una loba. Un ángel enamorado perdidamente del mismísimo infierno.

Me desperté jadeando y secándome la frente, por la que caía el sudor a chorros debido a los nervios. No pude evitar mirarla. Dormía pacíficamente a mi lado. Quería despertarla y observar sus ojos azabache una vez más. Quería perderme y encontrarme en ellos una y otra vez, recibir mi merecido *karma* en ellos.

Mis ojos se cerraban lentamente, luchando contra el cansancio, el sueño y mis pesadillas. Decidí levantarme e ir a buscar un vaso de agua.

Empecé a bajar las escaleras, dirigiéndome al pasillo que conducía a la cocina. A veces tenía miedo de la casa. Me asustaba pensar que esos espejos y ventanales que tenía reflejaran algo más que mi gran torso desnudo. Esos espejos y cristales para mí significaban algo. Algo nuevo y oculto, como ella.

Mis ojos claros se reflejaban en el vaso de agua. Poco a poco lo rellenaban. Me sentía estúpido. Me había prometido que nunca cambiaría, y menos por nadie. Por nadie como ella y, menos aún, por amor. Por amor hacia ella.

Mientras volvía a mí, o a nuestro cuarto, no sabía exactamente qué era, me arrollaban sombras. A cada paso que daba, cada escalón que subía, más ansiedad me entraba. Todo se

resumía en ella. Todos mis vértigos los producía ella, mi montaña rusa. Y yo tenía miedo a caer. A caer en el foso oscuro y profundo de su corazón.

Cuando llegué a la habitación me estaba observando. Lo supe enseguida porque la había visto sonreír. Recuerdo que me decía que sólo sonreía así cuando estaba conmigo. Aunque no le duraba mucho, puesto que siempre le acababa quitando la sonrisa. A besos, claro. Nunca le habría hecho daño, yo no me parecía a ella.

Yo era un chico completamente corriente, mientras que ella gritaba a pleno pulmón, gemía, desgarraba corazones y dejaba los sentimientos a flor de piel. Ella era un monstruo, un auténtico monstruo.

No habitaba bajo mi cama, sino en ella. Y yo, yo era su cómplice. Supongo que por eso la quería. Sí, la quería.

Hasta que se suicidó, tirándose al vacío que sentía por dentro, dejándome solo. Con mis miedos. Con sus demonios, que se entendían con los míos. Desde que ocurrió aquello no podía estarme quieto.

Esa casa y sus sombras me vencieron, dejando su recuerdo bajo la almohada. Y creo que sigue ahí, porque ni los ratones se atreven a tocarlo.

Pobres ratones, yo no quiero que me lo cambiéis por monedas.